



Presidencia
de la Nación



ARGENTINA
2030



BENCHMARKING DE ARGENTINA Y EL RESTO DEL MUNDO:

OPORTUNIDADES PARA EL DESARROLLO DE NUESTRO PAÍS

¿Dónde estamos hoy? Comparación internacional

Frente a un mundo en movimiento que nos presenta nuevos desafíos para convertirnos en un país moderno, inclusivo y sustentable, resulta fundamental conocer dónde estamos hoy, de dónde partimos y cuáles son las brechas económicas, sociales e institucionales que nos separan de los países que hoy poseen los mayores niveles de desarrollo económico y social. Este ejercicio es un paso esencial para orientar la construcción de un futuro deseable, posible y sostenible.

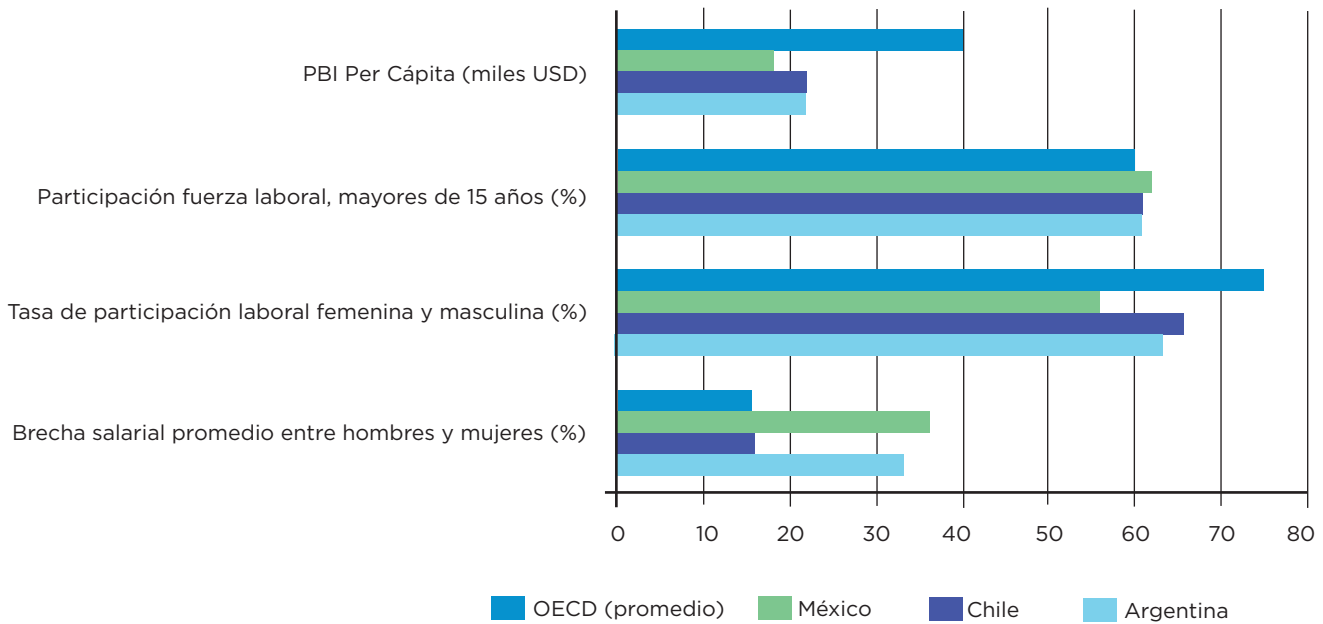
Brechas de desarrollo económico

En nuestro país el PBI per cápita, corrigiendo por poder adquisitivo, es de 22179 USD según las estimaciones del FMI, algo más de la mitad que para el promedio de países de la OCDE de 40.150 USD, un nivel similar a Chile de 22286 USD y algo superior a México de 18146 USD.

El mercado de trabajo muestra una tasa de participación laboral del 61%, en línea con los promedios de OECD, Chile y México. Sin embargo, en nuestro país la participación femenina en el mercado laboral alcanza el 63.38%, un nivel notablemente inferior al promedio de los países de la OECD, de 75%. Esta brecha se manifiesta también en los niveles salariales:

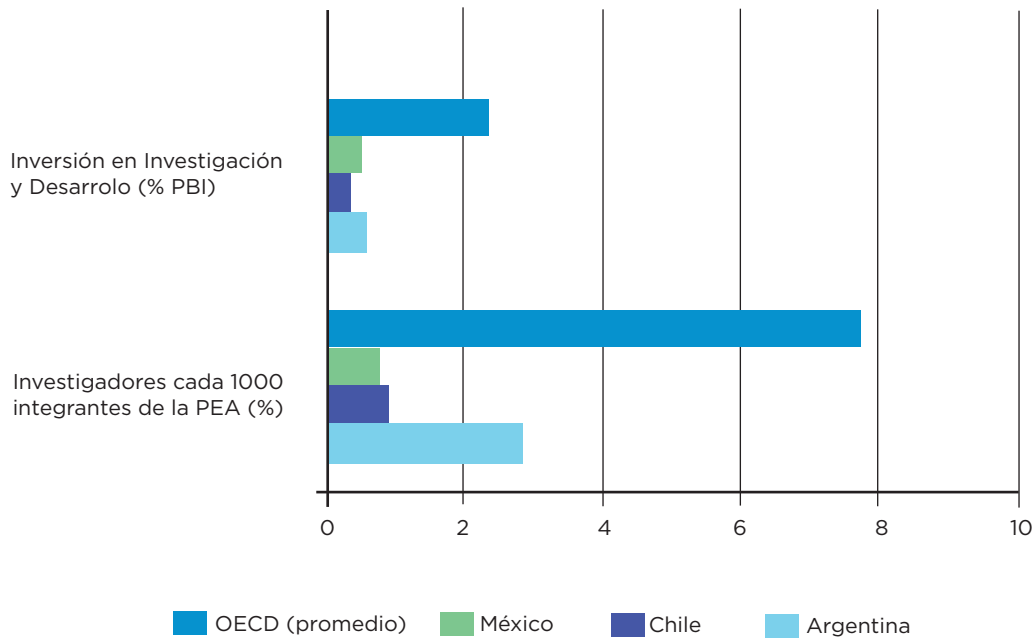
en Argentina la diferencia promedio entre el salario de hombres y mujeres es de 33,30%, más del doble que el promedio de la OECD, de 15,46%.

El mercado laboral muestra también altos índices de informalidad. Se estima que en nuestro país el 35% del trabajo es informal, una cifra alta si nos comparamos incluso con países vecinos como Chile (16%) y Brasil (25%).



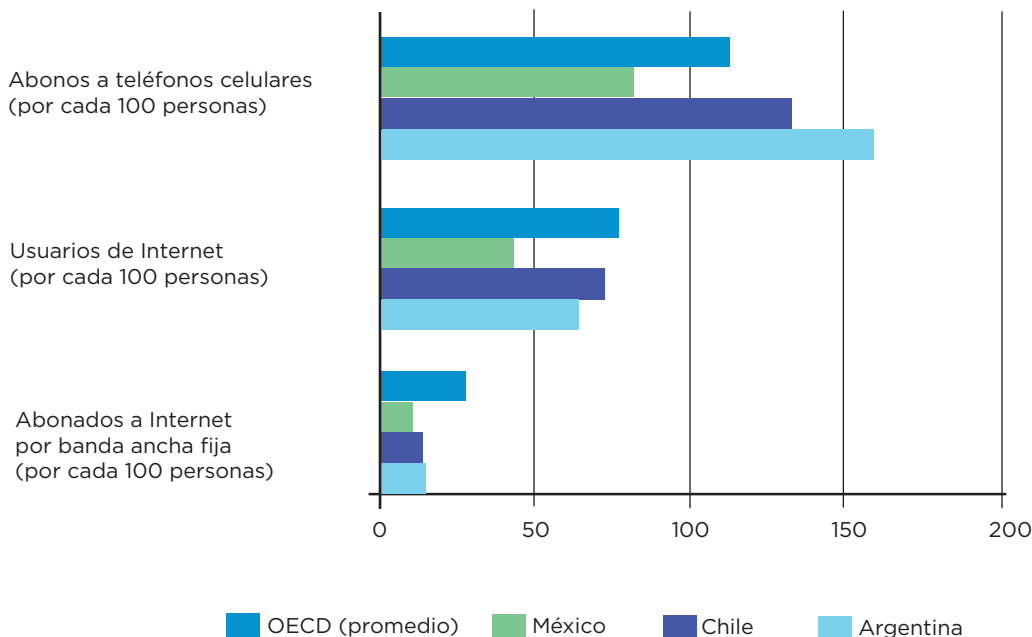
En las economías del conocimiento, el desarrollo de la ciencia y la tecnología jugará un papel cada vez más crucial para el desarrollo de los países. Nuestro país invierte en Investigación y Desarrollo (IyD) el 0,58% del PBI, un valor muy inferior al promedio de los países de la OECD de 2.37%. Asimismo, la cantidad de habitantes dedicados a la investigación y desarrollo es de 2,89 cada 1000 integrantes de la Población Económicamente Activa (PEA), cifra inferior a la del promedio de la OCDE de 7,78 pero superior a la de otros países latinoamericanos como México (0,82) y Chile (0,96). La mayor inversión en ciencia y tecnología, sin embargo, es realizada por el sector público. El sector privado invierte sólo el 20,1% de la IyD total que se realiza en el país, participación muy baja en comparación al promedio de la OECD de 60,9%. La brecha tecnológica se manifiesta también en el bajo peso relativo que tienen los productos de alta tecnología en el total exportado por el país. En Argentina el 6,7% del total exportado son productos de alta tecnología, cerca de la mitad de lo que representan estos productos en la OECD (13,81%).

Indicadores de ciencia y tecnología, en comparación con países de la OECD1



La conectividad y la disponibilidad de dispositivos móviles resultan fundamentales en un mundo que atraviesa una revolución de las comunicaciones y la información. Argentina es uno de los líderes en la región en lo que respecta a conectividad. Con casi 160 abonados a teléfonos celulares por cada 100 personas, nuestro país se posiciona con una penetración de telefonía móvil muy superior a la de México y Chile (con 82 y 133 celulares cada 100 habitantes respectivamente) e incluso superior al promedio de la OECD (113 celulares cada 100 personas). Si bien esto indica que las condiciones para aprovechar las oportunidades que genera la conectividad están dadas en nuestro país, aún tenemos un rezago en cuanto a accesibilidad a internet respecto a otros países de mayor desarrollo. El 65% de los argentinos accede a internet y el 15% está abonada a internet por banda ancha fija. Estas cifras posicionan a la Argentina por detrás del promedio de la OECD donde el 78% de la población es usuaria de Internet y el 28% está abonada a Internet por banda ancha fija.

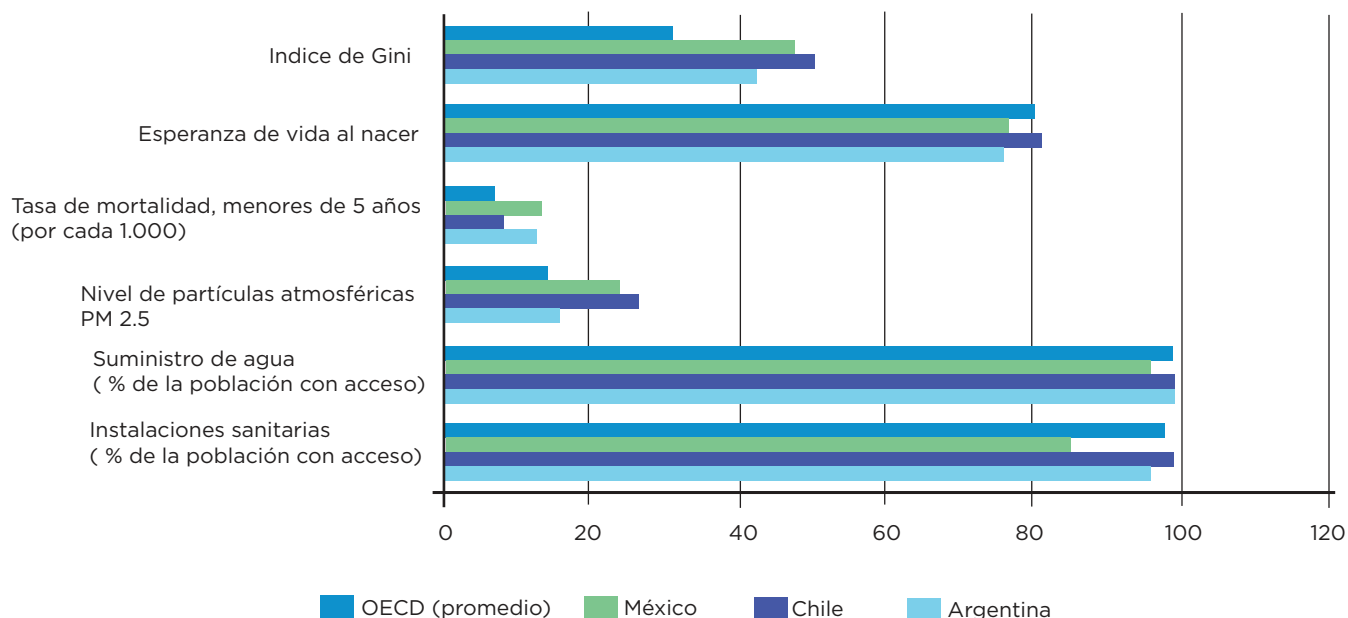
Indicadores de TICs, en comparación con países de la OECD1



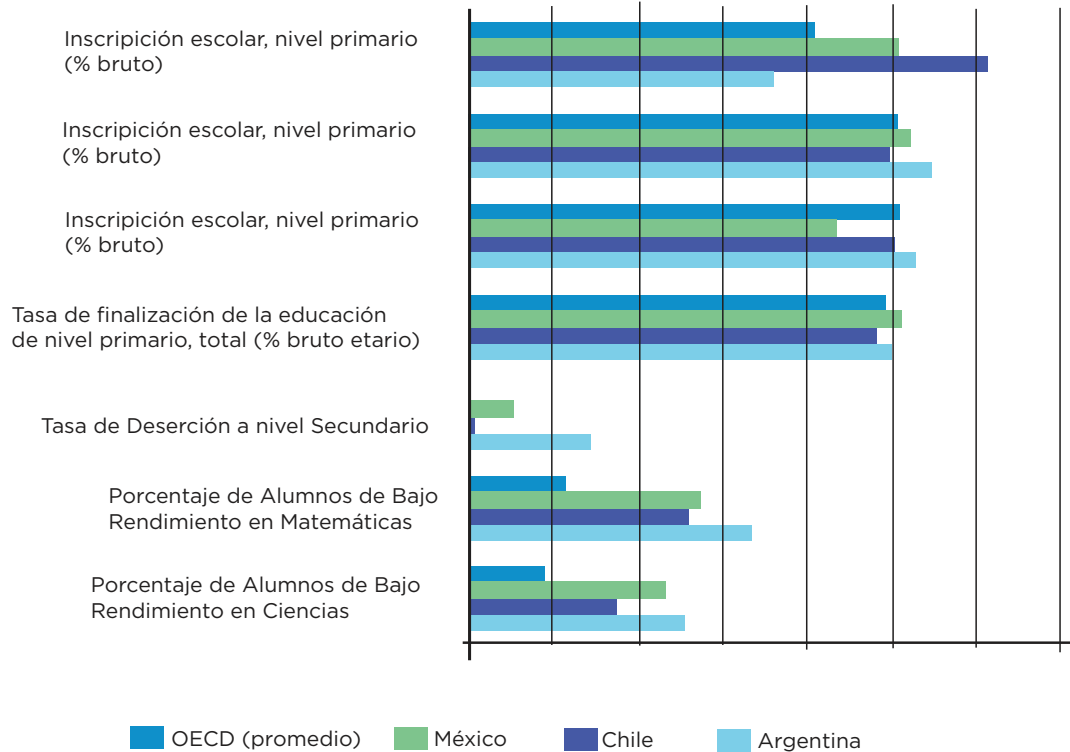
Brechas de desarrollo humano

Argentina muestra brechas importantes en aspectos vinculados al bienestar de la población. Existe una distancia considerable entre el ingreso de los más ricos y de los más pobres. En Argentina el 10% de la población mejor remunerada tiene una participación en el ingreso total del 30% mientras que el 10% peor remunerado tiene una participación del 1.6%. El índice de Gini es de 0,42 para nuestro país, significativamente más alto que el promedio de la OECD - el cual alcanza 0,31, pero menor que el de los países latinoamericanos que forman parte de la OECD como México (0,48) y Chile (0,50).

En el campo de la salud, la Argentina posee aún brechas por cerrar respecto a los países más desarrollados. La esperanza de vida al nacer es de 76 años en Argentina, cuatro años menos que el promedio de la OCDE, de 80 años. Asimismo, la mortalidad infantil de menores de 5 años es de 12,5%, cifra sustancialmente mayor que el promedio de la OCDE de 6,88%. Respecto a otras dimensiones como acceso al agua, acceso a instalaciones sanitarias o calidad del aire nos posicionamos hoy igual o incluso mejor que el promedio de países de la OCDE. En cuanto a suministro de agua - por ejemplo - nuestro país posee niveles de acceso del 99%, denle línea con el promedio de la OCDE, mientras que el 96,4% de la población tiene acceso a instalaciones sanitarias, cifra algo inferior al del promedio de la OCDE de 98%. El nivel de partículas atmosféricas PM2.5 —partículas contaminantes del aire lo suficientemente pequeñas como para penetrar en los pulmones y dañarlos— es de 16 microgramos por metro cúbico, cifra mayor que el promedio de la OCDE de 14.05 microgramos por metro cúbico.



De cara a enfrentar el desafío de un mundo donde el conocimiento es un activo estratégico, la educación es un pilar fundamental para proporcionar a las personas conocimientos, capacidades y competencias que le permitan desenvolverse en la sociedad y aspirar a un empleo de calidad y una mejor calidad de vida. Si bien la Argentina tiene niveles de asistencia y finalización de la educación primaria similares a la de los países de mayor desarrollo relativo, las brechas se ensanchan en la etapa previa y posterior a la educación primaria. En el nivel preescolar la tasa de asistencia es de 71.66%, un nivel inferior al que se puede observar para el promedio de los países de la OECD de 82%. Esta es una brecha de importancia crucial ya que hoy se sabe que un 80% de la arquitectura cerebral se desarrolla durante los primeros 1000 días de vida. Por lo tanto, la estimulación temprana es fundamental para el desarrollo de las personas. En el nivel medio de educación las oportunidades se encuentran tanto en la retención escolar como en la calidad educativa. La tasa de deserción en este nivel educativo es de alrededor del 29% de la población en edad escolar, cifra notoriamente más alta que México (10,25%) y Chile (0,23%). Ello resulta en que el 32% de los jóvenes de 24 no ha finalizado el secundario.



En cuanto a la calidad de la educación recibida, el Programa para la Evaluación Internacional de Estudiantes (PISA, por sus siglas en inglés) de la OECD evalúa la adquisición de conocimientos y competencias en los alumnos de nivel secundaria. En estas pruebas, el 97% de los alumnos argentinos de 15 años tuvo un rendimiento bajo en matemática y el 51% en ciencias. Estas cifras son significativamente más altas que el promedio de la OCDE, donde el 23% obtuvo un bajo rendimiento en matemática y el 18% en ciencia. Cerrar estas brechas resulta fundamental para contrarrestar el aumento en la desigualdad y potenciar las oportunidades de los más jóvenes.

Hoy sabemos que uno de las problemáticas más importantes que enfrentan los países es el crecimiento de la población de jóvenes que no estudian ni trabajan, los llamados “NINIs”. Un estudio reciente del Banco Mundial estima que el 22% de los jóvenes del mundo son NINIs, y uno de cada cinco jóvenes en Latinoamérica es un NINI. Argentina no escapa a este flagelo: el 12% de los adolescentes (16-17años) y el 25% de los jóvenes (18 a 24 años) es NINI. Ello comprende 1.260.000 jóvenes, de los cuales el 60% son mujeres. Incorporar al sistema educativo y al mercado laboral a estos miles de jóvenes es uno de los grandes desafíos que enfrentamos.

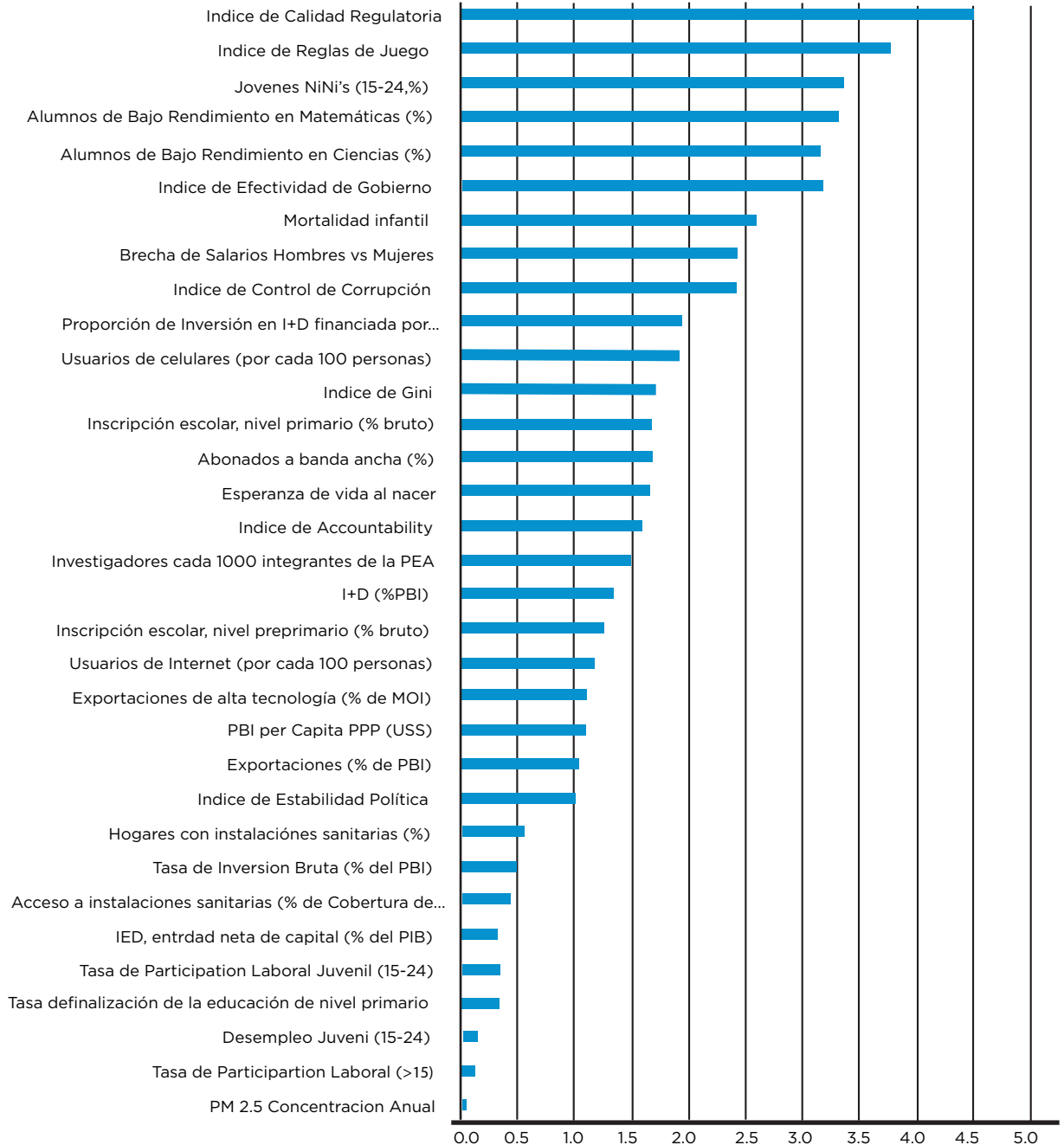
Brechas de desarrollo institucional

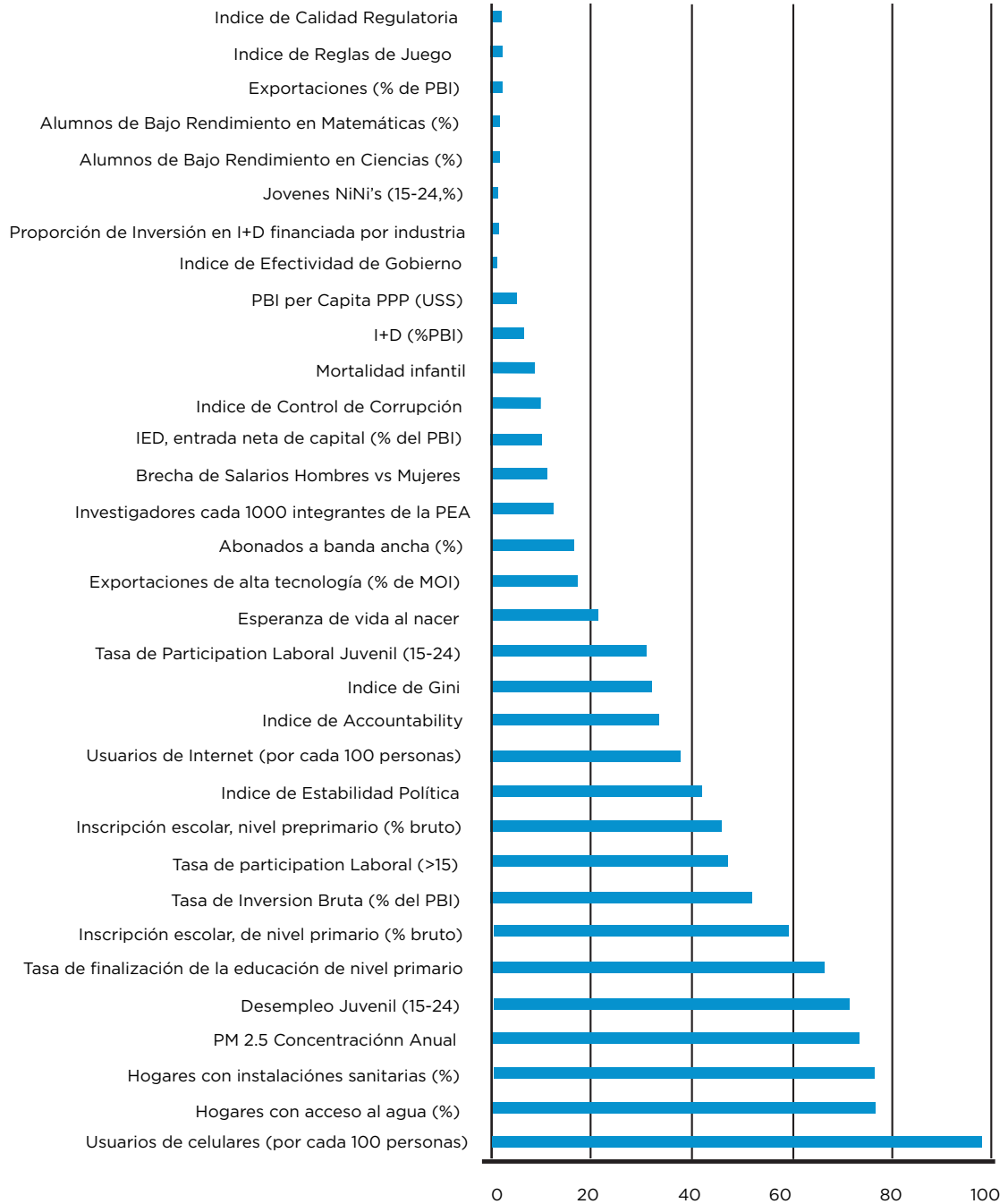
El clima de negocios y la competitividad son aspectos cruciales para el desarrollo del país. El índice de facilidad para hacer negocios del Banco Mundial posiciona a la Argentina en el puesto 121 de 189 países. Esta posición se encuentra muy por detrás del ranking promedio de los países de la OECD de 26. Permisos de construcción y pago de impuestos son dimensiones en las que nuestro país se desempeña peor, posicionándose en los puestos 181 y 170 respectivamente, en tanto que nuestro desempeño mejora cuando se considera la Protección de los inversores, rankeando en el lugar 62. Según el índice de Competitividad Global del Foro Económico Mundial, Argentina se encuentra en el puesto 106 de 144 países, muy por detrás del promedio de la OECD de 27,58. De entre las doce categorías analizadas, Argentina obtiene puntajes bajos en Instituciones (2,79) y mejores puntajes en salud y educación primaria (5,78).

La gobernabilidad de un país está asociada a las instituciones y tradiciones mediante las cuales se ejerce la autoridad y se ordenan los intereses pujantes de la sociedad. El Banco Mundial analiza seis dimensiones para medir la gobernabilidad: voz y rendición de cuentas, estabilidad política y ausencia de violencia, imperio de la ley, control de corrupción, efectividad del gobierno, y calidad regulatoria. Nuestro país se desempeña mejor en la dimensión de voz y rendición de cuentas (59%), seguida de estabilidad política y ausencia de violencia (49%) y efectividad del gobierno (46%). Sin embargo, estos puntajes son muy inferiores a los obtenidos por países pertenecientes a la OECD cuyos promedios para estas tres dimensiones son 87%, 77% y 84%, respectivamente. Entre las dimensiones peor evaluadas se observan la calidad regulatoria (13%), el imperio de la ley (18%) y el control de la corrupción (33%). En este conjunto de indicadores la distancia es aún mayor con los países desarrollados donde los puntajes promedio son 87%, 88% y 85%. Frente a este panorama, observamos una gran oportunidad para fortalecer nuestro sistema político y las instituciones que organizan la vida democrática de nuestro país.

Brechas de desarrollo institucional

En general, aún son amplias las distancias que nos separan de los países con mayores niveles de desarrollo económico y social. Para poder comparar la magnitud de las brechas, normalizamos los indicadores y calculamos dos índices para cuantificar la brecha porcentual de cada indicador respecto a los países OECD, los cuales nos permite identificar en qué áreas están las mayores falencias. En los gráficos siguientes se muestran primero un índice del 1 al 10 y luego la distancia del valor de cada indicador de nuestro país versus la media de la OECD. En términos de las brechas económicas, tenemos mucho por hacer para mejorar los niveles de ingreso, aumentar la participación de los jóvenes y las mujeres en el mercado de trabajo y desarrollar el sistema científico y tecnológico para que se convierta en un pilar fundamental que dé respuesta a las diferentes necesidades sociales y productivas. Respecto a las brechas de tipo social, si bien estamos cerca del promedio de los países comparados en cuanto a la cobertura de algunos bienes y servicios públicos (acceso al agua, instalaciones sanitarias, educación en todos sus niveles), tenemos mucho que mejorar en términos de calidad educativa (donde están las mayores brechas), reducir la mortalidad infantil, potenciar las oportunidades para nuestros jóvenes y reducir la desigualdad. Las brechas institucionales son más acentuadas en términos de calidad regulatoria, imperio de la ley, efectividad del gobierno y control de la corrupción.





¿Adónde vamos? El desarrollo como ejercicio de cooperación

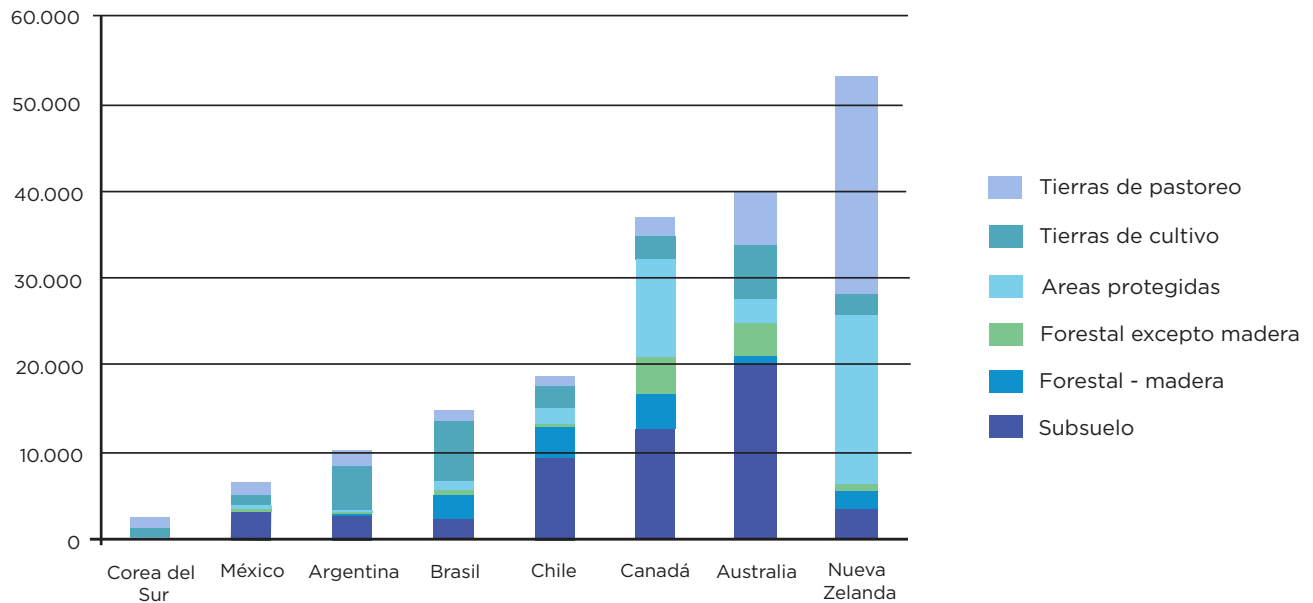
El desarrollo es modernización productiva para un crecimiento sostenido, solidaridad para distribuir sus frutos, y generosidad para distribuirlos equitativamente entre generaciones, cuidando a nuestros mayores, los gestores de nuestro pasado, y al planeta, que es nuestro futuro. Estos objetivos múltiples implican tensiones. Negarlas sería demagógico; priorizar un objetivo por sobre el resto sería sesgado. Nuestro plan de gobierno es un balance entre estos objetivos y, como tal, implica elegir y secuenciar, y sobre todo reconciliar las tensiones propias de todo proceso de transformación. Por eso tiene como precondition fundamental la cooperación entre los actores económicos prime por sobre el conflicto.

En las últimas dos décadas pendulamos entre un liberalismo sin salvaguardas ni sensibilidad social y un intervencionismo opaco y mercadointernista. Para salir de esta antinomia, la Argentina del futuro precisa de una síntesis superadora que todavía está por escribirse. Una de las claves de esta síntesis es la productividad, a su vez función de la inversión y la innovación. Para eludir la trampa de ingresos medios en la que nos extraviamos hace décadas, la Argentina necesita invertir más, innovar más. Nuestra competitividad futura no depende de recortar nuestros costos para competir con economías de ingresos bajos, sino de elevar la productividad, estancada desde mediados de los años 70, para competir con economías desarrolladas de ingresos altos. Pero copiar y pegar los modelos exitosos de algunas de estas economías es un atajo atractivo pero inconducente.

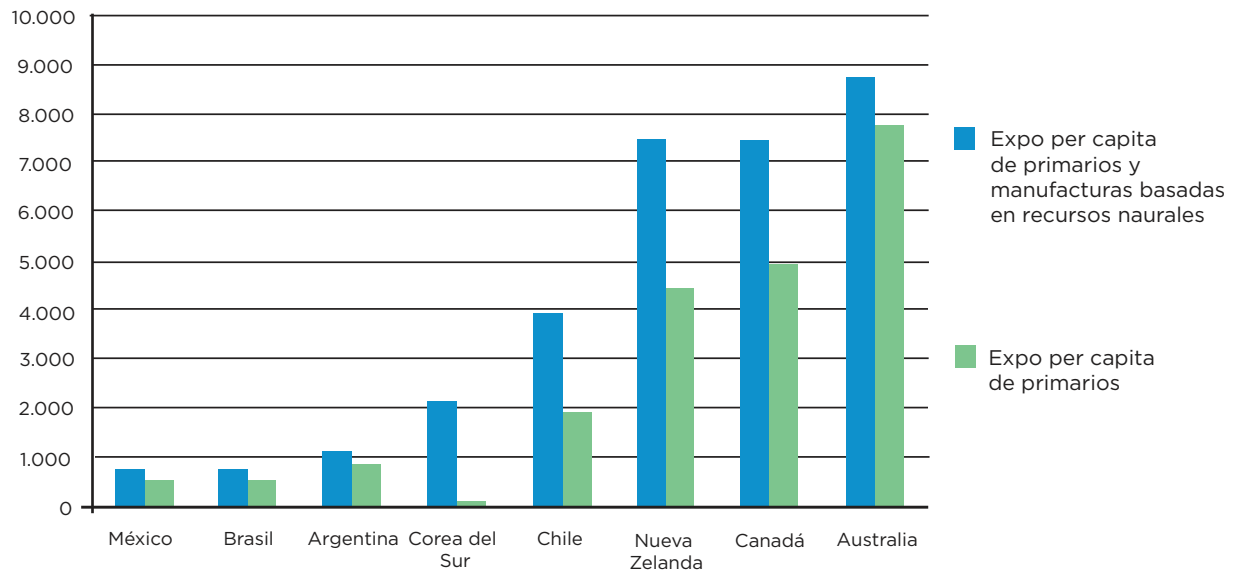
Por ejemplo, la Argentina no podría emular a países como Australia, Canadá o Nueva Zelandia y basar su desarrollo puramente en sus recursos naturales: para igualarse a Australia la economía argentina debería multiplicar por cuatro sus recursos naturales por persona, y por dos y medio sus exportaciones primarias. Y aún si lo lográramos, hay razones de peso por las que la evolución reciente de Australia no sería replicable para la Argentina: su ingreso fue históricamente más alto; el conflicto distributivo social fue resuelto tempranamente y el federal es casi inexistente; su economía, con una enorme diferencia en las exportaciones nominales por persona, fue siempre menos cerrada y por lo tanto menos diversificada y con mayor aprovechamiento de economías de escala; su despegue debe mucho a su ubicación cerca de grandes mercados externos en crecimiento; contó con financiamiento externo “garantizado” por el Commonwealth y la Guerra Fría; y se benefició de una fuerza de trabajo mucho más educada y, por lo tanto, elástica a las transformaciones productivas -todo lo cual llevó a elevar la inversión y la productividad.

Tampoco podría la Argentina replicar la receta industrial desarrollista de Corea: su industrialización fue posterior a la Segunda Guerra Mundial (esto es, con el comercio mundial intra industrial en plena expansión); su lugar en la Guerra Fría facilitó el financiamiento; su éxito industrial temprano fue sólo posible bajo una dictadura y con sindicatos débiles; el conflicto federal fue inexistente en un país unitario, y la reforma agraria de posguerra contribuyó a reducir el conflicto social de partida; y, como en el caso australiano, se benefició de mayores exportaciones nominales por persona y un mayor nivel educativo de la fuerza de trabajo -todo lo cual llevó a elevar la inversión y la productividad.

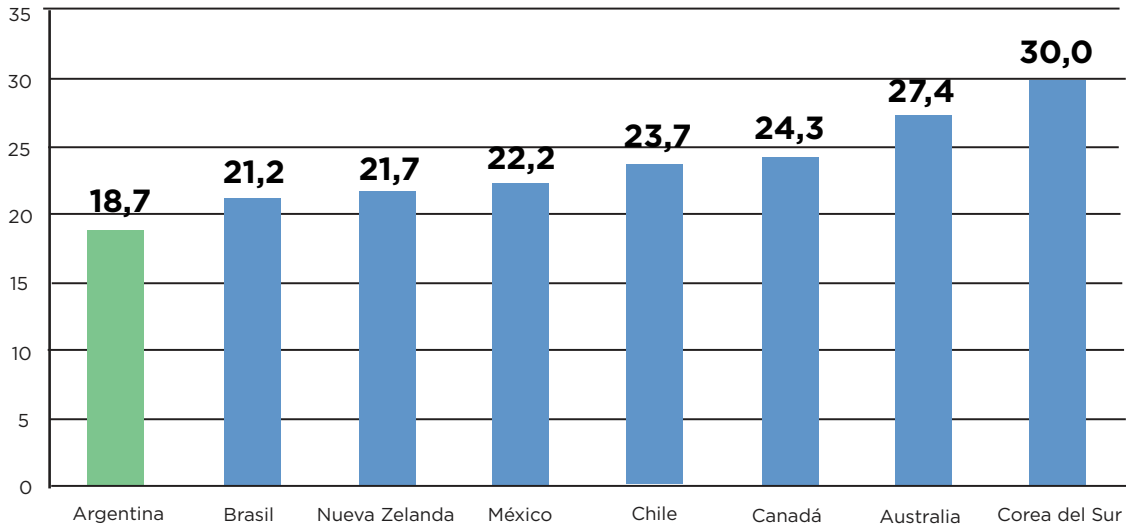
Riqueza natural por persona (año 2005, en dólares)



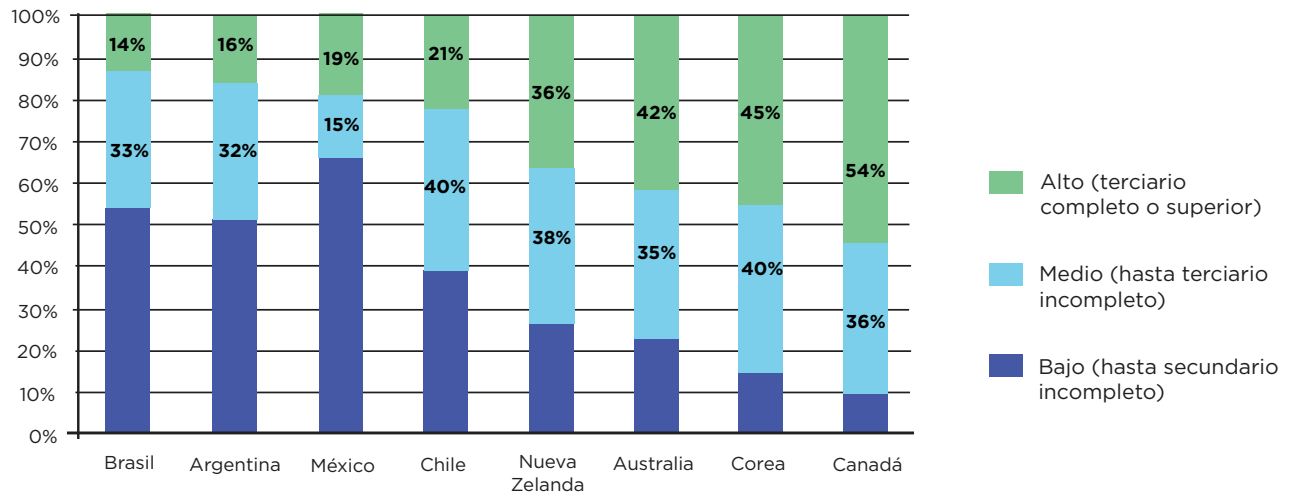
Exportaciones de recursos naturales por persona (año 2004, en dólares)



Inversión (en porcentaje del PIB, promedio 2011 - 2015)



Nivel educativo (composición de la población entre 25 y 64 años)



Objeciones similares pueden encontrarse a otros modelos populares como el de la Argentina granero del mundo de 1880-1914 (o, en su versión moderna, supermercado del mundo), que implicó que la participación en el mercado mundial de bienes primarios alimentarios desde casi cero a más del 30%, aprovechando la veloz extensión de nuestra frontera agropecuaria, hoy irrepetible. O el de la Argentina industrial-desarrollista de 1960-1972 (o, en su versión moderna, el vivir con lo nuestro del período 2009-2015), un modelo mercado internista fundado en el proteccionismo a los bienes de consumo durables y a los insumos difundidos, financiado por una década por la sustitución de importaciones petroleras, la reanimación tímida de las exportaciones agropecuarias y el surgimiento de un sector exportador industrial incipiente, hasta sucumbir ante la restricción externa y la falta de divisas.

Nuestra estrategia de desarrollo podrá tomar algunas características de estas experiencias exitosas, pero será un camino propio. Nuestro plan del gobierno es un intento por definir este camino, de eludir el cortoplacismo de los retornos rápidos y apostar a conductas cooperativas que orienten gradualmente el conflicto distributivo, extendiendo el horizonte de planeamiento de la sociedad y de sus actores económicos y transitando el delicado balance entre el necesario aumento de productividad y la equidad distributiva.

El desarrollo, como dijimos, implica reconciliar objetivos a veces contradictorios de manera cooperativa. Por ejemplo, precisa de la reconciliación de la dicotomía campo-industria. Elegir entre uno u otro es hoy anacrónico: la distinción sectorial tradicional desconoce la naturaleza multisectorial de la producción. ¿Cuánto hay de campo en un malbec argentino vendido en una tienda de una ciudad europea; cuánto de elaboración industrial; cuánto de servicios de marketing y distribución? Por otro lado, si bien el desarrollo argentino no puede basarse enteramente en los recursos naturales, eso no quita que los recursos naturales serán disparadores esenciales del desarrollo, tanto en la forma de alimentos sofisticados como en la posibilidad de que el campo sea motor de la industrialización mediante eslabonamientos hacia atrás, en software de precisión, máquinas, servicios profesionales y de logística, marcas país.

Otra tensión que debemos reconciliar es la de apertura comercial y el proteccionismo: la primera no es sostenible socialmente y el segundo no lo es económicamente. Nuestro plan de gobierno da una importancia especial a las exportaciones, no sólo de bienes sino también de servicios transables. Esto es porque para crecer más y más sostenidamente hay que poner el foco en el crecimiento exportador, con una integración inteligente y escalonada, de mayor a menor, desde los bienes de capital a los bienes de consumo final, de modo de afectar lo mínimo posible los incentivos a la exportación y al mismo tiempo proteger a las actividades sustitutivas de importación más vulnerables hasta que avancen en su proceso de reconversión, defendiendo el empleo y la distribución del ingreso.

La reconciliación tiene también una dimensión federal, en la que la región pampeana produce, exporta y prospera mientras que otras zonas del país, en particular el Norte, se mantienen en el atraso. Esta reconciliación federal no consiste en un esfuerzo redistributivo lineal, sino en acercar las regiones pobres a las fronteras de producción de las ricas: más que redistribuir riqueza, hacer posible su generación donde no existe, mediante la asignación de los recursos del Plan Belgrano a mejorar el transporte de cargas, la energía, la conectividad, el riego y el financiamiento para la inversión agropecuaria.

Por último, nuestro plan de gobierno apuesta a la reconciliación entre sector público y sector privado, condición necesaria para superar la dicotomía Mercado-Estado. Esta reconciliación va más allá de reconocer el rol de las empresas para la producción de riqueza y del Estado para la redistribución de esta riqueza. La sociedad entre lo público y lo privado es también un ejercicio de cooperación activa, donde el sector público facilite un salto cualitativo en la calidad de los empresarios proveyendo bienes públicos, asumiendo parte del costo y el riesgo de la investigación y desarrollo, coordinando con las empresas el esfuerzo de innovación (generalmente, la imitación y adaptación de tecnología extranjera y de adquisición y aprovechamiento del know how local), colaborando con inteligencia e información en la inserción internacional de nuestras empresas o contribuyendo en la formación del insumo clave para que este proceso de transformación llegue a buen puerto: la educación.

El tránsito hacia el desarrollo es una tarea de largo aliento, una síntesis superadora de antinomias dogmáticas que necesita del esfuerzo y la participación de todos. Muchas veces las urgencias del corto plazo nos desvían del sendero de largo plazo. De lo que se trata es de desviarnos lo menos posible y, si nos desviamos, de ser conscientes de ello y volver lo antes posible al sendero. Este Plan Estratégico de Gobierno 2015-2019 traza un mapa de esa síntesis y de ese sendero.





Presidencia
de la Nación